

APROXIMACIONES A LAS CIUDADES LATINOAMERICANAS

Mario Petrone [con la colaboración de Patricia Funes]

En: EXPLORA América Latina. Canal Encuentro.

Introducción

La ciudad se asocia a un sinnúmero de significados muy relacionados entre sí: modernidad, capitalismo, progreso, “luces” (de iluminación e “iluminismo-razionalidad”). También se relaciona con burguesía (burgos), política (polis), ciudad/anía. Las ideas e ideologías suelen asociarse al mundo urbano. También su difusión y registros. Histórica morada de sacerdotes, letrados, reyes, presidentes, técnicos, la ciudad es poder, administración, “contabilidad” y distribución de recursos materiales y simbólicos. Incluso como experiencia de vida: ¿es posible pensar el “espacio público” sin remitir a la experiencia urbana?

Sociológica e históricamente, lo urbano suelen definirse “frente” o “contra” el campo, lo rural. Esquemas duales (o funcionalistas-dualistas) establecen contradicciones entre ambos mundos. Binomios tales como “inmovilidad/cambio”, “naturaleza/industria”, “tradicional/moderno”, “relaciones sociales cara a cara/ despersonalización”, “barbarie/civilización”, “emoción/razón”, incluso “anomia/normalidad”, suelen hilvanarse con una causalidad casi fatal de uno hacia otro, no sin cierta dosis de reduccionismo explicativo de un notable éxito y popularidad.

Acaso también: pasado y futuro. Es difícil encontrar alguna utopía futurista que no se ubique en las ciudades (“máquinas que hacen el trabajo de hombres, hombres que se comportan como máquinas, dijera Orwell). En cambio las utopías retrospectivas y /o milenaristas se ligan a lo rural: arcadias perfectas, igualitarias, ubicadas en un tiempo mitológico y generalmente circular.

Incluso las dimensiones del tiempo y el espacio tiene su expresión en las imágenes de lo rural y lo urbano. El tiempo cronométrico del reloj en las ciudades, el tiempo natural de cosechas y siembras, lluvias o sequías en el campo. La misma palabra “metrópolis” nos habla de medidas .

“La ciudad - dice Raymond Williams- se alimenta (literalmente) de lo que el campo produce y puede hacerlo a cambio de los servicios que ofrece en las esferas de la autoridad, la política, la ley y el comercio a quienes están a cargo de la explotación rural, con quienes de modo característico, está ligada orgánicamente una necesidad mutua de beneficio y poder. ” Sin embargo, con el tiempo, esa relación en principio recíproca, va autonomizándose en favor de las ciudades que se van alienando y cobrando una fisonomía aparentemente autosustentable.

Las ciudades se definen como sistemas sobrecapitalizados subsidiados desde la periferia desde donde provienen los recursos. División del trabajo, estratificación, alienación, y acumulación, son notas que la caracterizan. Por lo mismo, la ciudad es sede de la administración y del poder.

El campo y la ciudad son realidades históricamente variables, tanto en sí mismas como en las relaciones que mantienen entre sí. Mucho más en América Latina en el que la “arcaización de lo moderno, la modernización de lo arcaico”, generan zonas grises, híbridas, mucho más

polifónicas y menos diáfanas que las diádas y los opuestos. Hay más de dialéctica, de complementariedad y de contaminación que lo que esas imágenes sugieren.

La ciudades latinoamericanas comparten la lógica del capitalismo que sin embargo se objetiva y enraíza con rasgos peculiares. Si las comparamos con otras sociedades del “Tercer Mundo”, las ciudades latinoamericanas han mostrado una densidad y complejidad peculiares.

Por ejemplo: las sociedades latinoamericanas fueron estructuralmente agrarias hasta hace no mucho más que 50 años y hoy tienen las ciudades más grandes del planeta. En tan poco tiempo (considerado históricamente) no ocurrió así en Europa y tampoco en Asia o en África

Es apropiada la pregunta de Néstor García Canclini “¿cómo hablar de la ciudad moderna latinoamericana que a veces está dejando de ser moderna y de ser ciudad? Lo que era un conjunto de barrios se derrama más allá de lo que podemos relacionar, nadie abarca todos los itinerarios, ni todas las ofertas materiales y simbólicas deshilvanadas que se presentan. Los migrantes atraviesan la ciudad en muchas direcciones, e instalan, precisamente en los cruces, sus puestos barrocos de dulces regionales y radios de contrabando, hierbas curativas y videocasetes.”

El objetivo de este fascículo es presentar algunas imágenes de las ciudades latinoamericanas, centrándonos en el proceso histórico fundacional de las denominadas ciudades masificadas, procesos ligados a las transformaciones de entreguerras. Si bien señalaremos los principales rasgos de las ciudades en la historia de la región, nos detendremos en estas “ciudades de campesinos” que surgen en las décadas del 40 y 50 del siglo pasado, ya que marcan un quiebre cuantitativo y cualitativo de largo plazo que en buena medida sigue en curso.

II. Ciudades latinoamericanas en perspectiva histórica

Ciudades sobre ciudades

La ciudad latinoamericana, si bien producto del genérico proceso de la modernidad, tiene sus linajes y precedencias.

El 8 de noviembre de 1516 las huestes de Hernán Cortés avistaron Tenochtitlán, una increíble ciudad compuesta de varias ciudades, construidas sobre un lago. Los soldados que acompañaban a Cortés habían viajado por casi todo el mundo occidental conocido y no podían sino compararla de manera incompleta y aproximativa con Roma o Constantinopla. Los símiles eran del orden de la magia o de los sueños. Escribió Bernal Díaz:

Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes [templos] y edificios que tenían dentro del agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé como lo cuente: ver cosas nunca oídas ni aun soñadas como veíamos.

Otro tanto el Cuzco, considerada el “ombligo” del mundo incaico, descrita así por el Inca Garcilaso:

Tiene calles anchas y largas y plazas muy grandes, por lo cual los españoles en general, y los escribanos y notarios en sus escrituras públicas, usan del primer título porque el Cuzco en su imperio fue otra Roma en el suyo; y así se puede cotejar la una con la otra, porque se asemejan en las cosas más generosas que tuvieron. La primera y principal, en haber sido fundadas por sus primeros reyes. La segunda en muchas y diversas naciones que conquistaron y sujetaron a su imperio. La tercera en las leyes tantas y tan buenas y bonísimas que ordenaron para el gobierno de sus repúblicas. La cuarta en los varones tantos y tan excelentes que engendraron, y con su buena doctrina urbana y militar criaron.

Tenochtitlán y el Cuzco, fueron parcialmente destruidas y sobre ellas se edificaron la ciudad de México en el virreinato de la Nueva España y sobre las ruinas del Cuzco “Nueva Toledo”. Sobre sus templos, las iglesias mayores, y sobre sus calzadas, las calles, en dificultoso damero.

La ciudad en damero

La conquista española, menos que la lusitana, se centró en la creación de ciudades. No eran factorías, eran ciudades para establecerse y crear una nueva sociedad, una “nueva Europa”. La ciudad era el centro de expansión de un hinterland indeterminado. Representaban al rey, a la religión católica (la legitimidad de la conquista) y al mundo europeo. Muchas de ellas se trazaron sobre ciudades o encrucijadas de caminos precolombinos. Otras se crearon *ex nihilo*. También hubo ciudades en los centros productivos, la más impresionante: Potosí. Pero también Taxco, Guanajuato, Villa Rica de Albuquerque (hoy Ouro Preto). Y las hubo puertos. Muy dinámicos hacia finales del siglo XVIII cuando se flexibilizó el monopolio comercial. Justamente, de las ciudades de los nuevos virreinos borbónicos, surgieron los primeros movimientos independentistas.

En todos los casos la idea era trasladar la impronta del mundo conocido y civilizado. Por eso muchas se llamaron “nuevas”: “Nueva España”, “Nueva Granada”, “Nueva Galicia” o eran bautizadas con el nombre de ciudades conocidas “Córdoba”, “Rioja”, “Cartagena” (“de Indias”).

New York, Nouvelle Orleans, Nova Lisboa. Como afirma Benedict Anderson, los europeos del siglo XVI habían adoptado el hábito de dar a lugares remotos “nuevas versiones” de “antiguas” toponimias de sus tierras de origen. “Lo sorprendente de los nombres americanos de los siglos XVI y XVII es que lo “nuevo” y lo “viejo” fueron interpretados de manera sincrónica, no como herencia”. Nueva España junto a España, un idioma de competencia entre hermanos y no de herencia. “Entre 1500 y 1800, una acumulación de innovaciones técnicas en los campos de la construcción de barcos, la navegación, la relojería y la cartografía, hacía posible este tipo de imaginación”.

Otro concepto importante en la fundación de ciudades fue el de “orden”. Es la palabra que obsesivamente utiliza el Rey en las instrucciones a Pedrarías Dávila [1513] para la conquista de Tierra Firme:

*Vistas las cosas que para los asientos de los lugares necesarios e escogido el sitio más provechoso [...] habréis de repartir los solares del lugar para hacer casas, y estos han de ser repartidos según las calidades de las personas e sean de comienzo dados por **orden**; por manera que [...] el pueblo parezca **ordenado**, así en el lugar que se dejare para la plaza, como el lugar en que hubiera la iglesia, como en el **orden** que tuvieran las calles; porque en los lugares que de nuevo se hacen dando la **orden** en el comienzo sin ningún trabajo ni costa quedan **ordenados** e los otros jamás se **ordenan**.*

Para Angel Rama, la traslación del orden a una realidad física -la fundación de ciudades- implicaba un diseño urbanístico que no podía dejarse al azar, debía tener racionalidad, incluso, para prever el futuro y neutralizar la entropía de un mundo con otras lógicas que debía ser disciplinado desde el espacio. “El resultado en América Latina fue el damero, que reprodujeron, con o sin plano a la vista, las ciudades barrocas y que se prolongó hasta prácticamente nuestro días [...]. Pero más importante aún que el damero es el principio rector que asegura todo un régimen de transmisiones: de lo alto a lo bajo, de España a América, de la cabeza del poder a la conformación física de la ciudad para que la distribución del espacio urbano asegure y conserve la forma social. El orden debe quedar estatuido antes de la existencia física, real de las ciudades para impedir futuros desórdenes.”

No obstante estas previsiones la mayoría de las ciudades criollas fueron apenas algo más que “aldeas”: plaza, catedral, casa del gobernador, cabildo, ejido. Acechadas por la escasez, la invasión o la enfermedad. Pese a las sincronías y los órdenes, las ciudades latinoamericanas no se comportaban del todo como la modernidad de la cual formaban inequívocamente parte.

Luego de las independencias y el derrumbamiento de los espacios administrativos, mercantiles y políticos del orden colonial, se desató una fuerza centrífuga en el que formas moleculares y rurales de dominación conformaron un principio articulador de reemplazo: las plantaciones, las haciendas, las estancias, matrices del orden oligárquico, se impusieron sobre las ciudades. Las contradicciones entre puertos e “interiores”, entre conservadores y liberales, entre federales y centralistas, tuvieron como protagonistas el orden urbano vs. el orden rural.

De la ventana enrejada española al balconcito francés

"Creo que no hay imagen que mejor defina el profundo cambio que a toda velocidad regía a las ciudades latinoamericanas, que la sustitución de la vieja ventana enrejada de origen español, por el balconcito de origen francés, moda que fue arrasadora desde los años noventa."
Angel Rama.

El proceso de consolidación de los Estados latinoamericanos (hacia fines del siglo XIX) volvió a poner de relevancia el mundo urbano. El proceso de centralización política producto de los pactos intra e interologáquicos pautaban, al compás de la inserción de las economías regionales al mercado mundial, otro “orden” para el “progreso.” Las nuevas funciones (administración estatal, las vías férreas, los puertos, en síntesis las obras de infraestructura que demandaban una economía en expansión) imprimieron a las ciudades nuevas fisonomías.

Las ciudades, sobre todo las capitales, describieron un proceso de reestructuración urbana muy influido por la cultura francesa que animaba a las elites culturales. Las reformas de Haussman en París, inspiraron esos cambios. Otra referencia importante fueron las políticas emanadas de las escuelas positivistas e higienistas. Las epidemias de fiebre amarilla, disentería o cólera demostraron que la ciudad era un espacio colectivo y que ni las clases propietarias estaban a salvo de ellas en ámbitos insalubres.

De allí que se impusieran obras de alcantarillado, apertura de calles, avenidas, "boulevares", iluminación y "aireamiento" por medio de espacios verdes. Además el Estado corporizaba su presencia física en edificios o "palacios" (las sedes de los Congresos, de los Correos, las mismas Aduanas) refirmando un poder político cada vez más presente. Sin embargo la modernidad mostraba imágenes bifrontes, ambivalentes, que se expresaron con mucha nitidez en las ciudades.

Para las oligarquías latinoamericanas las ciudades presentaban una fisonomía contradictoria: por un lado, eran el espejo del progreso, la modernidad, la civilización y, por otro, un ámbito de creciente hostilidad cuando (como contracara de esos mismos procesos) contingentes de obreros socialistas y anarquistas se apropiaron de lo público. La calle se transformó en un lugar para el ejercicio de la opinión, la recreación, el encuentro, la protesta. Esta "publicidad" aparecía transgrediendo la "privacidad" de una política restringida a los clubes de notables y los círculos familiares. No se trataba de una "ciudad desencantada", una "jaula de hierro" sino de un improvisado *bricolage* de diversas modernidades que se juxtaponen. Para distintos actores la modernidad tiene significados diferentes.

Vayamos con algunos ejemplos:

Rio de Janeiro: Higienismo y Revuelta de la Vacuna.

Rio de Janeiro describió un conjunto de metamorfosis hacia comienzos del siglo XX. Recordemos que Rio fue asiento de una Corte hasta 1889 y, todavía en 1872, un número importante de sus habitantes (alrededor de 200.000) eran esclavos.

La complejización de las funciones del Estado y el crecimiento económico impactaron fuertemente en la ciudad que requirió de una nueva infraestructura y mayores servicios. Si bien el alcantarillado instalado a mitad de siglo (como consecuencia de una epidemia de fiebre amarilla) había mejorado la salubridad, hacia comienzos de siglo era insuficiente. Entre 1903 y 1906, bajo la dirección del arquitecto Pereira Passos se ampliaron e iluminaron las calles angostas y oscuras, se trazaron avenidas el puerto fue modernizado. Se construyeron veredas y macadanes, se tiraron a bajo cientos de casas precarias y viejos mercados. Esta urbanización tiró abajo los *cortiços*, conjuntos habitacionales precarios donde se aglomeraba buena parte de la población pobre que se dirigió hacia las colinas, comenzando un proceso de favelización de larga data.

El conjunto de transformaciones era vivido con un explícito *ethos* civilizatorio. Uno de los narradores de la ciudad, Olavo Bilac lo describía así:

Hace pocos días, los picos entonando un himno jubiloso, iniciaron los trabajos de la Avenida Central, tirando abajo las primeras casas condenadas [...]. Comenzamos a marchas hacia nuestra rehabilitación. Al derrumbarse las paredes [...] se hacía presente un largo gemido. Era el gemido triste y lamentoso del Pasado del Atraso, del Oprobio. La ciudad colonial, inmunda retrógrada empeñada en sus viejas tradiciones, estaba sollozando [...]. ¡Con qué alegría cantaban los picos regeneradores [...] celebrando la victoria de la higiene, del buen gusto y el arte!

Acompañó a estas medidas un conjunto de políticas destinadas a superar un problema recurrente de las ciudades latinoamericanas: la epidemias. En 1904 el gobierno de Brasil hizo que el Congreso aprobara una ley que declaraba obligatoria la vacunación contra la viruela.

Los barrios centrales afectados por la reforma y la zona del puerto se convirtieron en el foco de la primera protesta de envergadura contra el gobierno republicano: la “guerra de la vacuna”. El 13 de noviembre de 1904 los opositores a la norma gubernamental levantaron barricadas y se lanzaron a las calles. El conflicto, finalmente controlado por la fuerza pública, terminó con un saldo de 30 muertos, 110 heridos y 945 presos. Como afirma José Murilo de Carvalho, la Revuelta de la Vacuna fue una protesta popular, más allá de la vacuna. Fue un pronunciamiento espontáneo contra la reforma urbana, la destrucción de casas, la expulsión de sectores de la población, las medidas sanitarias (entre ellas la prohibición de que mendigos y perros circularan por la ciudad, la prohibición de escupir en la vías públicas y los transportes públicos) y, por último, la vacuna obligatoria. La oposición hacia la vacuna presentó aspectos moralistas. Corrió un rumor que debía ser aplicada en las nalgas. Los hombres consideraban que el Estado no tenía derecho de meterse en sus casas para tocar las partes “íntimas de sus esposas”.

Centenarios en Buenos Aires y México.

Luces y sombras en Buenos Aires.

Los festejos de los Centenarios de la Independencia, encontraron a las capitales en el cenit de los regímenes oligárquicos. Los Centenarios son ocasiones privilegiadas para las recapitulaciones simbólicas. En las conmemoraciones de los Centenarios de las Independencia de los países de América Latina se evidencian rotundas imágenes de la “identidad” nacional. Las ciudades fueron el centro de esos símbolos. Vayan algunos ejemplos de los festejos del Centenario en dos ciudades: Buenos Aires y México.

En 1910 llega el mayor número de inmigrantes de la historia del país. Desembarcan en el puerto de Buenos Aires 289.000 personas (en promedio sería cerca de 800 personas por día). La ciudad de Buenos Aires tiene, entonces, 1.270.000 habitantes, de los cuales el 51% son inmigrantes. Entre 1906 y 1910 han arribado 1.200.000 inmigrantes a una ciudad que absorbía el 25% de la población total del país. La mayoría vivía en conventillos y precarias piezas de alquiler.

Mientras tanto la ciudad de Buenos Aires intentaba tenazmente parecerse a París. La apertura de la Avenida de Mayo, el Palacio de congreso, los *petit* hoteles de la calle Alvear o de la Plaza San Martín parecían confirmarlo. En uno de los libros oficiales del Centenario se leía: “París, soberana de las ciudades [...], tu hermana muy joven aún, hasta hoy recatada, va a presentarse al mundo en Mayo de 1910 ¿Puedes sentirte orgullosa! La humanidad, al contemplarla [...] verá que perteneces a la misma estirpe.”

Los festejos del Centenario se realizaron con toda pompa y boato, pero bajo Estado de Sitio. Este recorte a las libertades individuales era la respuesta del Estado a la conflictividad social del movimiento obrero. Los sectores anarquistas y socialistas venían desplegando un conjunto de protestas que el año anterior habían sido reprimidas duramente, y la amenaza de boicot a los festejos del Centenario, llevaron a al gobierno no sólo a restringir las libertades sino a sancionar la Ley de Defensa Social, que profundizaba la Ley de Residencia (1902) cuya derogación era una parte importante de la protesta obrera. La Ley de Defensa Social era un instrumento del Estado para penalizar protestas y movilizaciones obreras. Y, de hecho, el Estado hizo uso de esas facultades ya que, para los festejos de Mayo, hubo deportaciones, encarcelamientos y proscipciones. Es que el año 1910 es la condensación de las contradicciones de la modernización argentina (mirada desde los sectores dominantes). Como Jano con dos caras: una, la de la “oda al ganados y las mieses” y, la otra, la de la bomba anarquista al jefe de policía. Inmigrante y maximalista tienden a ser una sola identidad y la palabra “disolvente” (con la fuerza expresiva de la que esta impresa) un mote frecuente.

Algo inquietaba a las elites políticas y culturales, aun más que los posibles efectos de la llegada del cometa Halley, que cruzaba el cielo porteño en mayo de 1910. Las luces de la “*Belle époque*” argentina y de la república oligárquica se iban apagando. Entre las novedades del festejo del Centenario se preveía la iluminación completa de los edificios públicos de la Capital, cosa que ocurrió a medias. Algunos hablaron de imprevisión, otros, de sabotaje anarquista.

México: Del Angel de la Independencia a los murales de Rivera

El 16 de septiembre de 1910 como parte de los festejos del Centenario de la Independencia se inauguraba en la Ciudad de México el monumento conocido como “El Angel de la Independencia”. El grupo escultórico es un buen ejemplo de los símbolos de la confianza en la modernización. Se comenzó a construir en 1902 y el mismo Porfirio Díaz lo inauguró para los festejos. Enclavado en una de las glorietsas del Paseo de la Reforma (el sucedáneo de los campos elíseos mexicano) era un desafío para el futuro. La ciudad de México está asentada sobre las aguas de un gran lago y, por añadidura, es un frecuente epicentro de sismos y terremotos. Sin embargo el arquitecto mexicano Antonio Rivas Mercado proyectó una altísima columna coronada por una escultura de bronce macizo.

La difícil cimentación de la obra requirió de mucha pericia técnica y una fe en el progreso. La columna mide 36 metros de altura y sumada la altura del grupo escultórico que la corona, alcanza un total 45 metros. La columna está decorada con palmas, guirnaldas y anillos con los nombres de los héroes de la Independencia. La escultura que se encuentra en la cúspide de la columna – “El Angel”- que representa la Victoria Alada, es de bronce con recubrimiento de oro, mide 6.7 metros de altura y pesa 7 toneladas.

Muchos, en su momento, criticaron el proyecto por inviable o por efímero (pensaban que la columna iba a desmoronarse ante el primer temblor). Sin embargo, la columna aún está en pie. Si bien el Angel se cayó durante el sismo de 1957, fue reinaugurado en 1958 y sobrevivió a los subsiguientes sismos que azotaron a la ciudad.

Los festejos del Centenario fueron la apoteosis del porfiriato y la política de los “científicos” y también su despedida. Sólo dos meses después, Francisco Madero, líder de la oposición le pone hora, día y mes (las 18 horas del domingo 20 de noviembre de 1910) a la Revolución en su *Plan de San Luis de Potosí*. En 1914 los ejércitos campesinos llegaban a la ciudad de México. La ciudad, en rigor, todo México se campesinizaba. ¡Existían México y los Mexicanos!, escribió un agudo ensayista. La ciudad se llenó de zarapes multicolores, de caras oscuras, los mercados callejeros se multiplicaron. Y aunque Zapata y Villa llegaron al sillón presidencial, no fueron los que ganaron la revolución. Sin embargo fue un punto de no retorno. En los años veinte el *ethos* civilizador y la *praxis* nacionalizadora de José Vasconcelos desde la Secretaría de Educación Pública tenía como eje la idea del “México mestizo. Para ello la Ciudad de México debía reconciliarse con lo rural. Su ambicioso plan educativo contemplaba nuevas imágenes para proyectar en la ciudad ese nuevo México. La Universidad, el Palacio de Gobierno, en síntesis los espacios públicos y estatales se llenaron de murales de Diego Rivera con sus indios, sus nopales y sus huarachas.

III. Ciudades de campesinos

El año 1930 suele ser sinónimo de cambios políticos en América Latina. Muchas interpretaciones enfatizan la relación entre los efectos de la crisis capitalista y los golpes de estado que se suceden en un conjunto de países de la región. Generalmente las interpretaciones se despliegan en este orden: agotamiento del orden primario exportador-muestras de agotamiento de los distintos regímenes oligárquicos. No en todos los países los cambios son del mismo signo. El golpe de Estado de 1930 en Argentina clausura la experiencia de ampliación de la ciudadanía política. Otro ejemplo, en sentido contrario: en República Dominicana el golpe va a habilitar la larga dictadura de José Leónidas Trujillo. En Perú, el golpe de Estado de Sánchez Cerro terminó con once años de gobierno de Augusto B. Leguía y abrió la posibilidad de las primeras elecciones libres y competitivas del Perú, que –aunque no lograron quebrar el orden oligárquico- permitió la creación del primer partido político de masas, el APRA.. En Brasil, el golpe de la Alianza Liberal, inauguró la larga experiencia varguista. En muchos casos, el

denominador común suele ser la intervención de las Fuerzas Armadas; sin embargo, muy distinto es el caso de Trujillo que el de Mamaduque Grove en Chile, quien instaura la fugaz experiencia de la "República Socialista". Estos pocos ejemplos evidencian el significado no unívoco que asume la crisis política en la región, pero también un profundo cambio en el orden político, social y económico. Si bien todos estos cambios se expresaron en las ciudades, sobre todo en sus capitales, el cambio parecía venir de otros lados. En principio de las ciudades del interior.

Sánchez Cerro era de la ciudad de Arequipa que, junto con las ciudades de Trujillo y con el Cusco, eran la más importantes del interior del Perú. Getulio Vargas era de Rio Grande Do Sul, Lázaro Cárdenas, de Michoacán. Pero no sólo desde los liderazgos esto era visible.

Desde los años veinte, las ciudades capitales habían sido un imán para la atracción de migrantes internos. También habían sido objeto de críticas por la excesiva apropiación de recursos, por el peso desmesurado en las decisiones políticas y también por ser la imagen de una modernización macrocéfala y en algún sentido "desgajada" de la "nación".

Por ejemplo, en Perú de los años veinte desde las ciudades del interior se impugnó al orden oligárquico simbolizado por Lima. Desde comienzos de siglo Lima experimentó un alto nivel de urbanización y un importante crecimiento demográfico. En 1876 la ciudad tenía alrededor de 120.000 habitantes, en 1907: 172.927, en 1920: 223.807 y en 1931: 376.097. Ello se debió principalmente a la multiplicación de las actividades mercantiles y a su carácter de locus centralizador del poder. Nudo ferroviario, asiento de la burocracia estatal y de las autoridades nacionales, centro neurálgico de las actividades comerciales, bancarias y financieras, era la ciudad más grande del Perú en un contexto eminentemente rural (en los años veinte la Ciudad de Arequipa, que le seguía en importancia, tenía alrededor de 30.000 habitantes; Trujillo, 20.000 habitantes). Los descentralistas arequipeños le criticaron a Lima la concentración de poder en desmedro de las provincias, los trujillanos apristas, que la dictadura de Leguía había favorecido al capital extranjero en la economía azucarera de la costa Norte. Los indigenistas cusqueños instalan uno de los temas recurrentes en la cultura peruana: la confrontación "Costa-Sierra", "indio-blanco", representada por Lima y el Cuzco. El antropólogo y ensayista indigenista Luis Valcárcel, decía en los años veinte:

En una sociología freudiana estas dos regiones del Perú representan dos sexo. Feminidad la costa, masculinismo la sierra. El Cusco y la sierra son la naturaleza, el ruralismo, lo perenne e indesarraigable. Nada extraño que Lima sea extranjerista -hispanófila!- imitadora de los exotismos, europeizada; y el Cusco, vernáculo, nacionalista, castizo, con un rancio orgullo de legítima prosapia americana.

En los años treinta y cuarenta, un movimiento social desconocido se precipitó sobre las ciudades: la presencia masiva del "otro". Un otro "rural", generalmente campesino, muchas veces con una lengua "distinta" y unos patrones culturales "extraños". Frente a la pauperización de las economías rurales, la gente se volcó a las ciudades. Si ese proceso era lento y casi imperceptible en los años veinte, luego de la crisis pasó a ser un fenómeno social, colectivo y estructural. Las

ciudades se tiñeron de olores y colores intensos, de comidas y músicas diversas. A primera vista – como muchos análisis contemporáneos señalaron- las sociedades parecieron escindidas y “duales”.

Las ciudades se volvieron desconocidas para sus tradicionales moradores.

Luis Alberto Sánchez regresando a Lima desde el exilio escribió : “aquella vez de mi tercer regreso, en 1945, me aturdió el cambio físico de mis conlugareños. Vi muchas mujeres de ojos oblícuos. Muchos “injertos”. Muchos rostros aindiados o simplemente indios.”

Además del impacto cultural sobre esas ciudades “europeas”, los migrantes eran pobres. Expulsados de sus minifundidos, de las haciendas o plantaciones, los migrantes internos buscaban en las ciudades trabajo, oportunidades, ascenso social. Ellos también traían consigo las imágenes de abundancia y progreso que las elites habían forjado sobre los centros urbanos y pretendían participar de sus beneficios.

¿De qué realidades laborales venían? Aquí la circunstancia de nuestro país o del Uruguay no es representativa de la región. En Chile todavía existía el “inquilinaje”, en México aún había “peones acasillados”, en Bolivia “pongos”, en Perú yanaconas, en Ecuador huasipungos. En Brasil, aún perduraban distintas formas de colonato. Qué tienen en común estas relaciones de trabajo? No son asalariadas, o no principalmente. Por añadidura, esas formas de trabajo iban acompañadas de micromundos, en los que el prebendalismo, el patrimonialismo y el personalismo de hacendados, plantadores, mayordomos, propietarios permeaban el conjunto de las relaciones sociales y de poder.

“Rotos”, “pelados”, huasipungos, cholos, “cabecitas negras”, “caipiras” rodeaban unas ciudades que no podían albergarlos ni como fuerza de trabajo ni como habitantes dignos, tampoco como ciudadanos. Favelas, callampas, vecindades, pueblos jóvenes, villas miserias, cantegriles poblaron los cordones de las ciudades en Rio, Santiago, Lima, Buenos Aires, Montevideo y en poco tiempo, formaron parte inescindible de ellas. Parecían brotar “como hongos” (es ése el significado de la palabra “callampa”).

El incremento de la población urbana fue casi geométrico. En 1900 sólo diez ciudades latinoamericanas superaban los 100.000 habitantes, hacia 1940 Buenos Aires, México, Rio de Janeiro y San Pablo superaban el millón, Santiago de Chile estaba cerca de esa cifra, pero además Lima, Montevideo, Rosario, superaban los 500000 habitantes. Once ciudades superaban los 200000 habitantes (Recife, Salvador, Porto Alegre, Avellaneda, Córdoba, La Plata, Guadalajara, La Paz, Bogotá, Caracas y Valparaíso).

Las ciudades se extendieron geográficamente hacia pueblos o “suburbios” circundantes. Por ejemplo, el área urbana de Santiago de Chile tenía hacia 1930 6500 hectáreas, treinta años después, 20.000. La rivera este del Río Mapocho, se pobló de callampas. El primer censo de viviendas de 1952 arrojaba datos alarmantes: el 15% de la población de la ciudad (alrededor de 200000 personas) eran ocupantes de hecho y representaban el 54% del déficit de agua potable y el 57% del déficit de alcantarillado.

Otro tanto San Pablo. Había crecido vertiginosamente desde finales del Siglo XIX por la expansión de la economía cafetalera y por la inmigración promovida desde el Estado. En 1895 su población era de 130.000 habitantes (de los cuales 71.000 eran extranjeros) llegando en 1900 a 239.000, en 1950, 2.660.000. Después de la Primera Guerra Mundial y mucho más en la década de 1930 se transformó en el área más industrializada de Brasil y de América Latina (generaba más del 50% de la producción industrial del país). En los años cuarenta fue marcada por una intervención urbanística sin precedentes, sobre todo a partir del “Plan Avenidas”, que abrió accesos rápidos de circulación a orillas de los ríos para atender a los intereses de una industria automotriz cada vez más pujante. La ciudad creció de manera desordenada hacia la periferia generando una grave crisis habitacional y una creciente especulación inmobiliaria en la zona central. Hacia los años cincuenta inicia un proceso de desconcentración del parque industrial que se transfirió a otros municipios del área metropolitana (el ABC paulista, Guarulhos) y hacia el interior del Estado (Campinas, por ejemplo). San Pablo ha sido históricamente un polo de atracción de inmigrantes y, después de 1930, de migrantes internos, sobre todo nordestinos. Paradojalmente, hoy San Pablo es una de las ciudades “nordestinas” más grandes de Brasil: en San Pablo hay más nordestinos que en Sergipe.

La ciudad de México creció desde los años cincuenta a razón de 36 metros cuadrados diarios. Si en 1940 ocupaba 11.783 hectáreas en 1988 125000. El Distrito Federal se ha extendido sobre todo el valle de México. ¿Cómo surgen las vecindades? Según Carlos Monsiváis “a un terreno baldío acuden 20 o 30 familias que se instalan como pueden en chozas precarias a las que por cariño les dicen casa, con piso de tierra y paredes de cartón. El líder les exige dinero para tratar con las autoridades, los colonos entregan lo que pueden, el líder va con el funcionario y le grita recordándole los derechos del pueblo [...] y el tiempo pasa y si no hay desalojos violentos, 20 o 30 años después han conseguido una o dos escuelas, una iglesia [...] agua potable, luz eléctrica y algún otro atributo urbano.”

El Distrito Federal mexicano (que hoy tiene más o menos la misma cantidad de habitantes que toda Venezuela), enfrenta serios desafíos: la polución ambiental (para las que se han imaginado innumerables soluciones: hasta hacerle una ventana en la montaña Ajusco), el constante problema habitacional, la falta de agua potable (hay algunas estimaciones que dicen que le 70% de los niños ya nacen con plomo en la sangre).

Ciudades y ciudadanos.

*“De pronto pareció que había mucha más gente, que se movía, que se movía más, que gritaba más, que tenía más iniciativa; más gente que abandonaba la pasividad y demostraba que estaba dispuesta a participar como fuera en la vida colectiva.”
José Luis Romero.*

La sola presencia numérica de los migrantes en las ciudades, no implicó un registro automático por parte del poder político.

Los migrantes pidieron inclusión, sobre todo en el plano social. Los sectores obreros se organizaron y presionaron por sus derechos. El Estado, que desde los años treinta había asumido un papel intervencionista y empresario en el orden económico, también intervendría en el orden social, movimiento que se hacía más visible en las ciudades.

Hacia finales de los años treinta, durante el período del Estado Novo (la dictadura] Getúlio Vargas extendió derechos de jubilación, salario mínimo y obras sociales a los obreros industriales y del sector servicios que estuvieran sindicalizados excluyendo a los campesinos. La ciudadanía social precedió a la ciudadanía política, es decir, antes de poder votar los obreros estuvieron incorporados por la vía de los derechos sociales. Para votar había que ser alfabeto, y muy pocos lo eran. Sin embargo, hacia 1945 los mismos sindicatos del ABC paulista incluyeron a los trabajadores (alfabetos y o no) en los registros electorales a través de las planillas de cobro de sus salarios en las fábricas. “Queremos Getulio” fue su consigna, quien regresa al poder en 1950.

Otro tanto ocurrió el 17 de octubre del mismo año, cuando los obreros de la periferia de la ciudad de Buenos Aires se trasladaron a la Plaza de Mayo para pedir por la libertad de Juan Domingo Perón. No fue poca la sorpresa. Hasta se habló de “aluvión zoológico”.

El 23 de marzo de 1938 alrededor de 250.000 personas se concentraron en el zócalo de la Ciudad de México para demostrar su respaldo al decreto del presidente Cárdenas sobre la nacionalización del petróleo. Esa adhesión se explicaba en el contexto de otras medidas, sobre todo, la reforma agraria. Los 400.000 reemigrados a México desde los Estados Unidos y la caída de las economías mineras (sobre todo la minería de plata de Guanajuato) impusieron una fuerte presión sobre las ciudades. Si bien el derecho a la tierra estaba reconocido en la constitución revolucionaria de 1917, no fue sino el reparto ejidal de Cárdenas que se reestructuró el sistema de tenencia de la tierra en México.

Pero no sólo las experiencias populistas dieron respuestas a las demandas sociales. Los gobiernos del Frente Popular a partir de 1938, ampliaron derechos sociales hacia los trabajadores mineros y urbanos, no así a los trabajadores rurales. En el campo siguió existiendo (hasta la reforma agraria de 1964) la “ley de trabas” que prohibía la sindicalización campesina y los excluía de los derechos.

Gente en las ciudades. Ciudadanía y derechos. ¿Será la razón por la que –desde entonces- las ciudades latinoamericanas no terminan de crecer?

BIBLIOGRAFIA

Angel Rama, *Las máscaras democráticas del modernismo*, Montevideo, Arca, 1994.

AAVV, *Grandes Metrópolis de América Latina*, Fundación Memorial de América Latina- Fondo de Cultura Económica, San Pablo, 1993.

Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, FCE, México, 1993.

Bryan Roberts, *Ciudades de campesinos. La economía política de la urbanización en el tercer mundo*, México, Siglo XXI, 1980.

José Luis Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2001 [5° Edición].

José Murilo de Carvalho, *La formación de las almas. Imaginario de la República en el Brasil*, Universidad Nacional de Quilmes, Quilmes, 1997.

Luis Alberto Sánchez, *El Perú: retrato de un país adolescente*, PEISA, Lima, 1973.

Manuel Burga y Alberto Flores Galindo, *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, Rikhay, Lima, 1980.

Margarita Gutman y Thomas Reese (editores), *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital*, EUDEBA, Buenos Aires, 1999.

Néstor García Canclini, *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1989.

Patricia Funes, "Literatura y Nación en tiempos del Centenario", en: Caetano, Gerardo (dir.) *Los uruguayos del Centenario. Nación, ciudadanía, religión y educación (1910-1930)*, Taurus, Montevideo, 2000.

Raimond Williams, *El campo y la ciudad*, Paidós, Buenos Aires, 2001.

Richard Morse y Jorge Hardoy (comps.), *Cultura Urbana Latinoamericana*, CLACSO, Buenos Aires, 1985.

www.Tierramerica.net/ciudades